

Civilización de Seis Peniques

noviembre 27, 2010

La vida del pintor Francés, Paul Gauguin (1848–1903), se ha plasmado en una película, una serie de televisión, una ópera y por lo menos en dos novelas. Algo en esa vida debe de hablarle al hombre moderno: el agente de bolsa que pone pan en la mesa para una esposa y cinco pequeños hijos y que lo despilfarra todo para convertirse en un artista revolucionario, rechazando a toda la civilización Occidental en una isla distante en el Pacífico Sur. Pero ¿acaso el final agitado de Gauguin no sugiere que pudo no haber encontrado la solución con la que muchas almas sueñan allí?

Una presentación ficticia de la vida de Gauguin se escribió unos 16 años después de su muerte por un conocido escritor Inglés de la primera mitad del siglo XX, W. Somerset Maugham, quien visitó el Pacífico Sur para reunir de primera mano material para el libro titulado “La Luna y Seis Peniques.” Este título para su novela corta basada en Gauguin suena un poco extraño, pero de hecho va directo a la materia. En 1915 había aparecido la obra maestra de Maugham, “Servidumbre Humana,” una novela básicamente autobiográfica. Una crítica acusaba al héroe del libro de estar “tan ocupado anhelando la luna que nunca vio los seis peniques (pequeña moneda Británica de aquellos tiempos en color plateado) a sus pies.” En otras palabras, Maugham deseaba tanto un ideal inalcanzable que se perdía de una menor pero práctica felicidad al alcance de la mano. Maugham replicó, “Si uno busca en el suelo la pequeña moneda, nunca verá hacia arriba y así se perderá de la luna.” En otras palabras, existen cosas superiores en la vida a las monedas de seis peniques.

El uso del contraste entre la luna y la pequeña moneda para el título de su novela muestra claramente lo que pensaba Maugham de Gauguin. La felicidad normal del agente de bolsa de la clase media y padre de familia es la moneda. El despilfarrarla

toda para convertirse en artista es la luna. Ahora que nadie suponga que Maugham aprueba el tirar a la basura la vida y la familia. Maugham presenta al artista Strickland, su Gauguin, como un ser horrorosamente egoísta, de corazón duro y cruel. Sin embargo Maugham también lo presenta como un genio que básicamente estaba en lo correcto al tratar de perseguir su vocación artística, cualquiera que fuese el costo en la felicidad de seis peniques del artista mismo o de aquellos a su alrededor.

En otras palabras, dice Maugham, la vida de la mayoría de las personas en la civilización Occidental de la actualidad es una vida de seis peniques. Pero la vida misma vale de hecho mucho más que seis peniques. En el breve tiempo en que a los hombres se les permite vivir en la tierra existe algo mucho más valioso, a tal punto que en su búsqueda un hombre tiene razón, si así fuese necesario, de arrojar cualquier cantidad de peniques al lodo.

En la vida real Gauguin murió, por lo menos póstumamente, siendo un artista famoso y realizado, pero humanamente murió aún inquieto y rebelde. Maugham reproduce ambos, el genio validado y la humanidad frustrada. Pero ¿ha solucionado Maugham el problema sin resolver de Gauguin? ¿Cómo puede la genialidad y la vida oponerse entre sí, y ambas ser humanas? El problema parece haberse esparcido y arraigado. ¿Existe una solución? Espere el "Comentarios Eleison" de la próxima semana.

Kyrie eleison.